

leer

por una filosofía literaria *

pierre macherey

Traducción de
MARTHA LUCÍA PULIDO

Una filosofía sin filósofos

¿Por qué debe la filosofía interesarse en la literatura y bajo qué formas puede manifestarse dicho interés? ¿Se deriva éste solamente de la destinación universalista de la filosofía la cual, al no tener un objeto particular para conocer, parece tener, por naturaleza, una vocación para tratarlos a todos indistintamente? Esto querría decir que la literatura, al igual que el derecho, la religión, etc., sería susceptible de una recuperación filosófica que revelaría su significado esencial, le daría un fundamento racional o precisaría los límites que contienen un proyecto literario. Hablaríamos entonces de una filosofía de la literatura, así como se habla de una filosofía del derecho o de una filosofía de la religión; esto conferiría a la literatura el estatuto de un objeto de pensamiento para la filosofía, que ésta trataría como cualquier otro objeto haciéndole enunciar las formas de especulación que la habitan en silencio y quizás muy a su pesar.

Un procedimiento de esta índole parece ser, de un lado, una tentativa de recuperación, de anexión o de inclusión, que coloca y absorbe la literatura dentro del campo de la reflexión filosófica, y que —al final de este proceso— hace desaparecer lo literario como tal, redefiniéndolo completamente en términos de un pensamiento exterior a él, o, de otro lado, desvaloriza lo literario al juzgarlo desde un punto de vista que lo depasa. Si tal tentativa deja insatisfacciones, es porque convierte la relación entre la filosofía y la literatura en un problema de posición. Bajo esta perspectiva, se trata primero de medir la importancia respectiva de los campos de influencia o de intervención, con el fin de lograr su integración (es lo que hacemos cuando repasamos filosóficamente las obras literarias) o de establecer entre ellas una relación de exclusión (es lo que hacemos cuando trazamos líneas de demarcación más o menos

* *¿En qué piensa la literatura?* París, Puf, 1990.

precisas entre lo que es filosófico y lo que no lo es, dentro de la misma literatura). De esta manera adoptamos una representación extensiva o intensiva de poderes de una "literatura" y de una "filosofía", colocándolas en determinaciones espaciales, como territorios a delimitar o a anexar, a proteger o a defender.

Hablando de filosofía literaria, quisiéramos adoptar una orientación completamente diferente de aquella que corresponde a una filosofía de la literatura, colocando el problema de la relación entre la filosofía y la literatura, no en términos de localización (eliminando de esta manera el problema de posición), sino en términos de producción. Nos cuestionaremos entonces sobre las modalidades necesariamente diversificadas, según las cuales la filosofía puede "hacer" literatura y la literatura "hacer" filosofía. Colocaremos entonces en primera instancia el aspecto operatorio, hacedor de obras reales, el cual enlaza concretamente la red en cuyo interior, la literatura y la filosofía se unen, transformándose la una en la otra. Es obviamente dentro del mismo trabajo literario que buscaremos los índices de esta producción de pensamiento que debe interesar a la filosofía de manera primordial, en la medida en que ella también se concibe como un trabajo, una operación, una producción. Y es teniendo en cuenta este aspecto esencialmente laborioso del pensamiento que buscaremos las formas de una relación verdadera entre literatura y filosofía.

¿Qué tipo de pensamiento se produce en los textos literarios? A primera vista, lo podríamos identificar como un pensamiento ciego o mudo, cuyo surgimiento salvaje, rompiendo el hilo aparentemente continuo de su discurso, abriría en estos textos una nueva dimensión, transversal, que correspondería a lo que ellos piensan sin saberlo, sin decirlo o sin decírselo. Entonces la filosofía literaria sería una filosofía espontánea de los escritores, de la misma manera como se ha hablado de la filosofía espontánea de los sabios. El pensamiento producido en los textos literarios retomaría este efecto de rumiación teórica la cual,

en vez de limitarse a las manipulaciones de la escritura, la reubicaría en el espacio de un "saber" preconcebido, por lo tanto, completamente objetivado. Como consecuencia, más que hablar de filosofía literaria, tendríamos que hablar de un tipo de ideología de la literatura, ésta sería un cuerpo de enunciados, latente y anónimo, precediendo la intervención de formas poéticas y narrativas y condicionando todas sus realizaciones. Tal ideología representaría, bajo una forma inevitablemente alusiva, aquello que queda como irreflexivo, y por lo tanto, no propiamente filosófico dentro del acto literario. Entonces solamente filosofaríamos auténticamente a propósito de la literatura tomando posición contra esta ideología que la atormenta con sus quiméricas figuras; y para exorcizar estas últimas, privaríamos la literatura —para proteger su inocente belleza— de todo derecho a pensar por sí misma.

Pero la filosofía no es el inconsciente de la literatura que permitiría una cura teórica en la que, la escritura textual se ofrecería como el analizante, expuesto al gran juego del otro, para supuestamente ayudarlo a encontrar su identidad perdida u olvidada. Pues el pensamiento que acompaña todas las obras literarias no se enfoca hacia una conciencia exterior, por intermedio de la cual la literatura revelaría sus secretos, reconociendo a la vez, que serían ellos quienes la poseen; dicho pensamiento más bien coincide con la incesante reflexión que la literatura efectúa sobre sí misma en el mismo momento en que produce su texto. En Sade, en Flaubert, en Roussel, en Queneau, la escritura efectúa sentido, y este sentido no es de ninguna manera latente, aun si su percepción requiere una lectura atenta y culta. Y es que, trabajando el lenguaje como un material a partir del cual ella elabora sus propias formas, esta escritura revela las condiciones de posibilidad y los límites que definen el orden mismo del lenguaje, en vista de su teorización explícita.

Es entonces en las formas literarias, y no detrás de lo que ellas parecen decir, o a otro nivel, que es pertinente buscar una

filosofía literaria. Dicha filosofía es el pensamiento que produce la literatura, y no aquel que más o menos a pesar de ella, la produce. Por lo tanto, dicho pensamiento no será extraído de sus formas como un cuerpo extraño, que sería recolectado por intermedio de un sistema de enunciados separados. Siguiendo las vías de la historia, para llegar al fondo de las cosas, alcanzamos el punto en donde todo debe desaparecer. Esta fórmula, con la que hemos resumido el espíritu común al corpus literario que ha sido sometido a una lectura filosófica, no tiene ningún valor, ningún significado por sí misma, independientemente de las obras y de los textos que le permiten acceder a una especie de veracidad o de veridicidad. Aquí el contenido no existe fuera de las figuras de su manifestación sino que coincide con estas figuras, tal como ellas se reflejan en el movimiento que las engendra. Podemos hablar de una completa adhesión del "mensaje" al vehículo que opera su transmisión.

Los escritos literarios exudan pensamiento así como el hígado produce la bilis, es como una secreción, una supuración, una evacuación, una emanación. Todos estos términos evocan un proceso continuo y progresivo, que se elabora insidiosamente a la escala de una química microscópica en las partes sutiles de la organización y de la red celular que la constituye. El zumo especulativo, lentamente acumulado, se recoge y se concentra en las reservas inaccesibles de significado que lo hacen pasar inadvertido durante largo tiempo, luego, intempestivamente, se derrama, con una superabundancia de intenciones, de desbordamientos de pensamiento, que hacen su manifestación excesiva, incluso abusiva. Esta alternancia de retención y de liberación coloca la filosofía literaria siempre en exceso o en carencia con relación a su expresión —la cual no adopta nunca el ritmo regular de una argumentación medida y razonada—, al surgimiento estrictamente controlado.

Esto puede también decirse sin utilizar metáforas, la filosofía literaria, en la medida en que ella es inseparable de las for-

mas de escritura que la producen efectivamente, es un pensamiento sin conceptos, en el que la comunicación no se sirve de la construcción de sistemas especulativos, asimilando la búsqueda de la verdad a un proceso demostrativo. Los textos literarios son el centro de un pensamiento que se enuncia, sin darse las marcas de su legitimidad, ya que convierte su manifestación en su propia puesta en escena. Dicho pensamiento se narra "así", con una gratuidad irónica, que no es de ninguna manera ni inocente ni ignorante de sí mismo ni de los límites que condicionan su evidencia. Al producir tales efectos especulativos, el trabajo de la escritura literaria propone a la filosofía nuevas perspectivas, nuevos campos de búsqueda que escapan a la competencia estrictamente codificada de los profesionales de la filosofía, reintroduce así en el ejercicio del pensamiento una parte de juego, la cual no debilita el contenido especulativo, y al contrario, lo incita a inscribirse en espacios inéditos. Es aquí donde se revela el efecto propiamente filosófico de la literatura, que desagrega todos los sistemas de pensamientos; aunque ellos se presenten en un principio como exclusivos, la literatura hace pasar entre ellos el movimiento de una reflexión polifónica, común y compartida, que procede mucho más de la circulación libre de imágenes, de esquemas enunciativos y narrativos, que de una organización deductiva estrictamente dispuesta.

Este efecto de apertura actúa sobre la literatura misma, en cuya trama textual, considerada bajo la luz del pensamiento especulativo que por ella circula, se presenta como una red única, trascendiendo las intenciones particulares propias de los "autores" cuyos enfoques ideológicos son absorbidos y metamorfoseados por el proceso de esta elaboración sutil, que hace que al escribir, los "autores" siempre piensen menos y más de lo que quisieran o de lo que saben. Si la filosofía literaria no es el inconsciente de la literatura, ella es quizá el inconsciente de los literatos; pues dicha filosofía es una filosofía sin filósofos, irreductible a tal o cual proyecto singular, su

jeto personalmente a la iniciativa de su escribiente. Desde este punto de vista, no tendría estrictamente ningún sentido hablar de "la filosofía de Hugo", de "la filosofía de Flaubert", o de "la filosofía de Céline". La filosofía literaria no es ni siquiera ese fondo común que compartirían todos estos "pensamientos" identificados a través de la relación específica que mantienen con aquello que les permite acceder a la palabra; sino, más bien, es la que atraviesa el conjunto de los textos literarios, en cuanto que éstos forman un todo incoherente y conflictual, cuya vocación teórica consiste precisamente en hacerse cargo de esta multiplicidad fragmentada y diferenciada de pensamientos, atrapados en su movimiento objetivo, independiente como tal, de autores y de sistemas. Así, a través de todo aquello que los escritores dicen y escriben, es la literatura como tal la que especula, instalándose en el elemento filosófico pre-existente a todas las filosofías particulares.

La literatura tendrá entonces que enunciar lo filosófico de la filosofía. ¿Qué significa esto? Que la relación específica de la literatura con la verdad, tal como esta relación procede del libre juego de sus formas y de las diversas modalidades de su enunciación, con la dimensión de gratuidad lúdica que la caracteriza, es esencialmente crítica. Esta relación coincide con la producción de una especie de *Verfremdungseffek* el cual, en el momento mismo en el que la literatura reflexiona sobre sus propios discursos, instala en dicha reflexión una distancia interna, impidiendo identificarlos con sistemas de pensamiento determinados, definitivamente encerrados y replegados en sí mismos. La literatura es como la Opera de los tres centavos de la filosofía.

En última instancia, todos los textos literarios tendrían por objeto, y esa sería verdaderamente su "filosofía", la no-adhesión del lenguaje a sí mismo: la distancia que separa siempre lo que se dice de lo que se dice que se dice y de lo que se piensa que se dice. Los textos literarios hacen aparecer ese vacío, esa laguna fundamental so-

bre la cual se construye toda especulación llevando a relativizar las manifestaciones particulares. Esta relación irónica con la verdad, que solicita una comprensión ante todo desengañada, hace de la filosofía literaria una experiencia de pensamiento esencialmente problemática; esta experiencia consiste en mostrar los problemas filosóficos, exponerlos y "montarlos", como se organiza una representación teatral, haciendo economía de una resolución definitiva, —o que se pretende como tal—, de estos problemas, es decir, de la tentativa de ponerle fin, de suprimirlos, por medio de razonamientos.

De esta manera, la filosofía literaria, y ésta sería su lección esencial, manifiesta también el lazo imposible de desatar que une la verdad y la historia. El pensamiento problemático que atraviesa todos los textos literarios es como la conciencia filosófica de una época histórica; corresponde a la literatura decir lo que una época piensa de sí misma. La edad de la literatura, de Sade a Céline, proyecta, no un mensaje ideológico que exige ser creído punto por punto, en tanto que éste, tomado al pie de la letra, aparece manifiestamente inconsistente e incoherente, sino un esbozo prospectivo de sus propios límites, inseparable de su puesta en perspectiva, que la relativiza. ¿Cuál es, desde este punto de vista, el aporte filosófico de la literatura? Que ella permite restituir todos los discursos de la filosofía —bajo sus formas acreditadas—, dentro del elemento histórico que hace de ellos el resultado del azar y de las circunstancias, nacido de un irrisorio y magnífico juego de dados.

Las ideas en las letras

La filosofía y la literatura serían como el revés y el derecho de un mismo discurso, en el que tanto la una como la otra presentan los accidentes y las desnivelaciones bajo aspectos alternados, lo que en una aparece en forma plena y continua, en la otra se presenta como ausencia o elisión.

Así, el esfuerzo de la racionalización que caracteriza la especulación filosófica y le confiere homogeneidad y espíritu de ilación, se traduce, al pasar por los modos narrativos propios de la literatura, en una exposición insuficiente, entrecortada, irregular, de donde los efectos de verdad provocados por el movimiento de las ideas salen como inversos, es decir, se presentan bajo la forma de alusiones inacabadas, incompletas, fragmentadas, donde la lógica de una argumentación coherente parece haber definitivamente desertado. Entonces, cuando la misma expresión filosófica imita estos rituales para decirse como una historia —que se piense en las fábulas sorprendentes contadas por Nietzsche o por Kojève—, o para hacer resonar como música —como en los escritos dejados por Wittgenstein— ella se acerca al fenómeno estético hasta el punto de parecer fundirse con él.

La filosofía de los filósofos se presenta casi siempre como un discurso de legitimación, es como si ella profesara que "todo debe desaparecer" y necesita ser comprendido como tal. A esta tesis fundamental, la filosofía literaria presentada aquí como la conciencia filosófica de una época, de 1800 a nuestros días, aproximadamente, remite en eco irónico este mensaje desengañado que resuena como un estribillo hecho jirones: todo debe desaparecer. Es así como en Flaubert o en Céline se encuentra el mismo fantasma digestivo, sirviendo de soporte a toda una poética. El escritor lo "ingiere" todo; él digiere el conjunto de la realidad, y todo lo que en ella hace o no acontecimiento, para restituirlo, al término de una operación que recuerda la de una alquimia, pero bajo una forma completamente desmaterializada; ésta es la condición para que las cosas se conviertan en palabras. Una luz sombría surge de la literatura, dibujando los contornos de un pensamiento nocturno y desesperante, terriblemente inquietante, aun —sobre todo— cuando la literatura se reviste de apariencias anodinas, entretenidas y reconfortantes, desde este punto de vista, son los tex-

tos de Sade los que permiten dar todo el sentido a los de Queneau. Porque todos los textos se hablan, dentro de las narraciones retenidas y suspendidas hasta el final del final de la historia. De la misma manera Bataille y Céline llevan a releer Hugo y Flaubert, una fascinación carnavalesca los hace hundirse en cloacas idénticas.

Retomemos los esquemas de pensamiento a partir de los cuales ha sido ordenada la presentación de los "ejercicios de filosofía literaria" propuestos aquí, para mostrar cómo —sin adoptar de una vez por todas, los unos con relación a los otros, una disposición razonada que constituiría los elementos de una teoría— ellos se conectan entre ellos, dentro de lo que hemos llamado su red común. Desde hace dos siglos la literatura existe como tal, y no ha dejado de girar alrededor de un cierto número de temas, o de figuras obsesivas, a partir de las cuales se ha organizado su rumiación teórica, el exceso y el límite, según la perspectiva de una retórica general (ilustrada aquí con los textos de Sade, de Flaubert y de Foucault); la profundidad, según la perspectiva de una ontología negativa, procedente de una inversión de los valores de lo alto y de lo bajo (tal como ella es efectuada en Hugo, en Bataille y en Céline); el devenir, según la perspectiva de una antropología histórica (desarrollada por Mme de Staël, por George Sand y por Queneau). Ahora bien, entre estas tres perspectivas se establece, de manera natural, una correlación, a través de todo un sistema de remisión, que se apoya mucho más en los procesos de la rima poética —con los efectos específicos del ritmo, de la anticipación y de la mirada hacia atrás, a los cuales ella induce— que en aquellos de una demostración construida progresivamente. Es precisamente debido a esta correlación que la literatura llega a pensar, bajo una forma que no es ya aquella de una doctrina razonada, los problemas fundamentales de un mundo histórico.

Es así como la destrucción del convento de Spiridion, en la novela de Sand, prefigura el incendio que, en *Pierrot mon ami* de Queneau, hace desaparecer el Luna Park.

¿Puede un libro de literatura terminarse de una manera diferente a la catástrofe, con la evocación de un mundo arruinado, y como minado, por la circulación de las imágenes que lo obsesionan y lo condenan a morir, cuando la "historia", en todo el sentido de palabra, se acabe? En un plano ya más abstracto, el problema de la comunicación entre las culturas, que da a **Corinne** su tejido novelesco, se prolonga en la reflexión seguida por Sand alrededor de los temas de la tradición y de la herejía, al ritmo de una fábula que, al igual que aquella elaborada por Mme de Staël, tiene un significado iniciático. Dicha reflexión parece continuar en las diversas versiones de la **Tentación de San Antonio**, en las que el escenario mítico, aunque parezca desarrollarse muy lejos en el tiempo y en el espacio, podía atravesar el mundo histórico, y simultáneamente fantástico, reconstituido por Sand. Aún más, ¿no veríamos ciertos episodios de **Ciento veinte días** de Sade, desfilar bajo la mirada aterrorizada del "héroe" de Flaubert, o desarrollarse en los tugurios de **Los Miserables**, en donde los personajes surgidos de la sombra efectúan también el peligroso "viaje" que les conduce "al final de la noche"?

En Sade, en Mme de Staël, en Sand, en Hugo, en Queneau, encontraríamos los elementos —aún si éstos se presentan en forma de fragmentos— de un pensamiento histórico-social, el cual impone directamente la existencia de estructuras narrativas; es él quien funda la economía de los "ciento veinte días", en donde saber y poder están sometidos a la ley de un relato ordenado progresivamente. Dicho pensamiento permite también perfilar el carácter de Corinne, quien parece encarnar en una figura concreta la noción de una relación cultural; él da su contenido al secreto de Spiridion, cuya revelación atañerá a la humanidad entera; él lanza a Jean Valjean a la exploración de un mundo del abismo, de donde las costumbres y los valores reaparecen a la vez, controvertidos y regenerados; él da su disposición dialéctica al territorio donde se desarrollan las aventuras de Pierrot,

el personaje de Queneau, quien experimenta las tensiones provocadas por la confrontación de un mundo terrestre y de un mundo celeste; y este último movimiento alternativo encuentra él mismo una especie de explicación en las imágenes comentadas por los primeros escritos de Bataille, en donde la lógica contradictoria de lo alto y de lo bajo, se convierte en el soporte de una poética, que es también una economía generalizada, a través de la cual todas las fuerzas del universo se comunican y se dispersan.

Todas estas ideas, encarnadas en imágenes, figuradas en el movimiento de las letras que las evocan, no se reducen a la comunicación de un vago mensaje especulativo, cuyo contenido sería puramente ideológico; la retórica literaria, si es rigurosamente seguida, sólo se refiere a la ideología de una época cuando se le opone y se separa de ella, haciendo aparecer sus conflictos internos y por lo tanto criticándola. Podríamos decir que la retórica absorbe la ideología, para "devolverla" sólo bajo una forma irreconocible, en la que ella ha dejado de suscitar o aun de requerir una adhesión directa. Desde este punto de vista Roussel y Céline, al igual que Mallarmé, ilustran lo que hay de absoluto en el acto de escritura, que a la vez que desmaterializa la realidad, da también al pensamiento que sugiere un mundo devastado por los acontecimientos y por las palabras, un giro fantasmal, increíble, insos-
nea
y c

De Sade a Céline, la literatura parece haberse condenado a la exposición de todo aquello que no debería decirse. Del mundo histórico en el que vivimos, ella nos proyecta imágenes sinuosas y deformes, definitivamente indecendentes y corruptas, como si estas imágenes se formaran sobre un espejo resquebrajado, donde el mundo renace más verdadero de lo que es en realidad, bajo la luz despiadadamente cruel y cínica que proyecta sobre él la yerda de un estilo. Pues el mundo no sería tan verdadero si no se dijera también con libros.